

DISCURSO

PARA EL DIA

DE SAN ANDRES APÓSTOL.

(DE TRONCOSO.)

Ambulans Jesus juxtâ mare Galileæ vidit duos fratres, Simonem qui vocatur Petrus, et Andream fratrem ejus mittentes rete in mare. Et ait illis: venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum. At illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum.

Caminando Jesus por la ribera del mar de Galilea, vió á dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andres su hermano, echando la red al mar. Y les dijo: venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Al instante los dos dejaron las redes y le siguieron.

S. Mat. c. 4. v. 18, 19 y 20.

Cuanto mas se estudia el cristianismo, tanto mas crece la admiracion del hombre sensato y religioso, al contemplar los medios de que la divina sabiduría se sirviera para establecer y propagar en el mundo esa religion, que hoy nos llena de un justo entusiasmo. Ciego debe ser el que no reconozca en ella la obra exclusiva de la omnipotente diestra. Por donde quiera que se considere, vense resplandecer los caracteres de la divinidad de una manera que sorprende, pasma y arrebató el asentimiento del hombre mas preocupado, siempre que no se haya empeñado en cerrar los ojos á la evidencia. ¿Qué cosa mas admirable y fuera del órden comun que la vocacion de los primeros predicadores del Evangelio? Cuando yo contemplo la creacion del universo, y veo brotar de la nada los cielos, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los mares y cuantas maravillas registran nuestros ojos en ese vasto campo de la naturaleza, y advierto que todo ello es obra de la simple palabra de un Dios que dice: hágase!; pasmado y silencioso adoro á aquel

Ser cuya omnipotencia no tiene límites, y exclamo en el mas profundo abatimiento de mi alma: « ¡Oh Dios y Señor mio, cuán admirable es tu nombre en todo el universo! Tuya es la « sabiduría, tuyo el poder, tuya la divinidad: los cielos y la « tierra están llenos de tu gloria! »

Sin embargo, católicos, todo este aparato de majestad y de grandeza, deja en cierto modo de maravillarme, cuando, llegada la plenitud de los tiempos, veo al Unigénito del Padre que revestido de la humana naturaleza, se presenta en medio del mundo como uno de nosotros, se acerca á unos hombres que no le conocen, les habla, y con solo decirles: « Venid en pos de mí, » obra en ellos el cambio mas prodigioso, y les hace abandonar su patria, sus padres, su subsistencia y sus esperanzas, por entregarse totalmente á su servicio. Hé aquí un prodigio que siempre será un misterio para la incredulidad; pero que á los hombres de fe les manifiesta el carácter divino de sus creencias.

Pero al mismo tiempo que admiramos el poder divino de aquel Salvador inefable, que tanto resplandece en el llamamiento de los apóstoles, no podemos ménos de tributar un justo homenaje de entusiasmo hácia esos hombres portentosos que tan fieles se mostraron á una mera insinuacion del divino Maestro, y tan celosos en llevar á cabo el establecimiento y progresos de su nuevo culto. El héroe que hoy solemniza la Iglesia merece nuestro particular afecto, tanto por haber sido el primero que con su hermano siguió á Jesucristo, segun el texto evangélico, cuanto por el singular fervor y heroísmo con que defendió su divinidad y la predicó á los gentiles. En el apóstol san Andres se nos ofrece al mismo tiempo un prodigio de fe y un portentoso de constancia. Aquella le hizo renunciar á las ańejas preocupaciones que de largo tiempo venian alimentando los hijos de Israel acerca del Mesías venidero: esta le condujo á morir por él y por el sostenimiento de sus sacrosantos dogmas, ántes que transigir con el error y con los ensueños del paganismo. ¿Qué cosa mas digna de admiracion en unos tiempos en que el pueblo mismo de Israel, único que hasta entónces conservára el sagrado depósito de la revelacion, se habia olvidado en gran parte de las promesas del cielo, y no alimentaba ya mas que una idea débil y casi apagada del futuro Salvador del género humano? Hé aquí, señores, un pensa-

miento que aunque nada tiene de nuevo, pues es comun á todos los apóstoles de Jesucristo, adquiere una nueva importancia atendidas las circunstancias que concurren á realzar el mérito de su insigne discípulo san Andres. Contentémonos con una sencilla exposicion de los hechos que nos refieren sus historiadores, y tanto en la prontitud y fidelidad con que siguió á Jesucristo, como en el constante favor con que se consagró á extender la gloria de la cruz, hallaremos la prueba mas inconcusa de la divinidad de la religion.

Dignáos, oh espíritu divino, trasladar á mi corazon el fuego que abrasaba el del santo apóstol, cuando predicaba las eternas verdades. Derramád sobre mis labios aquella uncion que le hacia dueño de las almas que le escuchaban. Bien sé que mis deméritos no me hacen acreedor á las gracias del santo apóstol; empero no dudo obtener la que al presente forma el objeto de mis votos, interponiendo la mediacion de la Reina de los cielos, á quien con la mayor ternura saludo con el ángel: *Ave Maria.*

REFLEXION ÚNICA.

Mil veces hemos oído preguntar á la incredulidad: Si es cierto que en Jesucristo brillaban todos los caractéres con que le habian anunciado los profetas, ¿cómo es que los judíos no le reconocieron por el Mesías tan luego como se dejó ver en la tierra? Prescindiendo, señores, de que las mismas profecías que anunciaron al Salvador habian ya predicho en términos expresos la dureza de aquel pueblo ingrato y rebelde; sin pretender inquirir los designios que en esto se proponia la Providencia, si bien seguros de que todos los acontecimientos iban dirigidos á hacer mas brillante el establecimiento de la nueva ley, séanos permitido preguntar á nuestra vez: Si en Jesucristo no resplandecian los caractéres de la divinidad, ¿cómo es que los apóstoles tan luego como le vieron y oyeron su voz, le siguieron? ¿Cómo es que ejerció un ascendiente tan poderoso sobre sus corazones, que con un simple mandato los determinó á abandonar cuanto poseían, por asociarse á él y vivir en el abatimiento y la humillacion? ¿Qué hombre tuvo jamas una influencia tan maravillosa respecto de los demas hombres? Fijemos desde luego nuestra consideracion en la voca-

cion de nuestro insigne apóstol san Andres, y veamos si no se encuentra en ella la prueba mas evidente de la divinidad de Jesucristo y de su religion augusta.

Acababa el Salvador de salir de aquella vida oscura é ignorada, que durante treinta años habia adoptado segun los altísimos designios del que le enviara. Todavía no se habian visto ningunos milagros que acreditasen en manera alguna ser él el Unigénito del Padre. Sin embargo, al pasar un dia por delante del Bautista, entusiasmado este al ver á su maestro, dijo á dos de sus discípulos que con él se hallaban: « Hé ahí el cordero de Dios » (1). No bien lo hubo oído Andres, uno de los que estaban presentes á esta escena, cuando sin detenerse corre presuroso en pos del Salvador, y le dice: Maestro, ¿en dónde habitas? y conducido por él á su domicilio, permaneció en su compañía todo aquel dia (2). Hé aquí el primer rasgo de la vida de nuestro apóstol, y el primer testimonio que dió á Jesucristo de que le reconocia por verdadero Dios. Si así no fuese, ¿hubiera manifestado tanto empeño en saber su alojamiento, y le hubiera seguido con tanta confianza? Claro es que no: tanto ménos cuanto que siendo para él un personaje desconocido, y no teniendo en su favor mas que el dicho del Precursor, hubiera debido obrar con la mayor reserva segun los principios de la prudencia humana, á no mediar una ilustracion sobrenatural que le determinase á creer lo que parecian desmentir todas las apariencias exteriores. Andres no veía en Jesucristo mas que un hombre que solo se distinguia de los demas en lo humilde de su persona, en lo afable de su trato, en la dulzura de su semblante y en la amabilidad con que recibia á cuantos á él se acercaban. ¿Bastaba esto para juzgarle una divinidad? ¿No podia presumir con mas fundamento, que fuese algun profeta ó alguno de aquellos santos personajes descendientes de los patriarcas, que tanta admiracion causaron un dia al pueblo de Israel? Pues nada de esto piensa Andres; ántes bien convencido de aquel á quien el Bautista llamara el Cordero de Dios, era efectivamente el deseado de los siglos, el anunciado por los profetas, y el prometido por los patriarcas, no solo corre en pos de él, conversa con él, y escucha humilde su doctrina celestial, sino que tan luego como se separa de su presencia, va

(1) Joan. c. 1. v. 36. (2) Joan. c. 1. v. 38 et 39.

en busca de su hermano Simon, y lleno de un santo entusiasmo le dice: « He visto al Mesías (1) », y le conduce al divino Maestro para hacerle participante de su dicha.

Tal vez, señores, pudiera juzgarse esta prontitud de san Andres en seguir al Salvador, efecto de un momentáneo entusiasmo, causado por una fuerte impresion que á veces parece enervar el uso de las facultades intelectuales. Pero esta objecion se destruye desde luego haciendo atencion á los efectos que se siguieron á esta primera determinacion del apóstol. Sabido es que pasado algun tiempo despues de esta primera entrevista, hallándose Andres con su hermano en las riberas del mar de Galilea, ejercitándose en su oficio de pescar, se acercó á ellos Jesus, y les dijo: « Venid en pos de mí, pues quiero que seáis pescadores de hombres (2); » y ellos, dejando al momento sus redes, le siguieron. Admírense en buen hora los sabios á vista de un prodigio que en vano han pretendido explicar con solos los principios naturales; tachen los impíos de inexactitud á los historiadores sagrados que refieren este hecho, que raya en la esfera de lo increíble; trabajen cuanto les sea dado los incrédulos para desmentir al espíritu de verdad en este punto. El hecho es innegable, y de él resulta demostrada, por una parte la divinidad de aquel que de un modo tan maravilloso se hacia obedecer de los hombres, y por otra la íntima conviccion en que estaban de esta verdad los que así se dejaban aprisionar por sus palabras.

Por efecto de este convencimiento, nuestro santo apóstol no duda constituirse humilde discípulo de aquel divino Salvador, á pesar de cuanto sus ojos ven contrario al parecer á sus creencias. Si en sus viajes y expediciones por los pueblos de la Judea en que constantemente acompaña á su maestro, le contempla á veces denostado por una plebe grosera é inmoral, que llega á juzgarle fanatizado por el mal espíritu, ó censurado por los doctores de la ley como transgresor de los preceptos mosaicos, ó perseguido por los escribas y fariseos como perurbador de la pública tranquilidad, no por eso se entibia su fe, ni se arrepiente de su pronta resolucion en seguirle. Las palabras de vida que como la miel corren de sus labios, penetran su espíritu y le confirman cada vez mas en sus creencias; los continuos mi-

(1) *Joan. c. 1. v. 41.* (2) *Matth. c. 4. v. 19.*

lagros que diariamente hace en toda clase de personas, hablan á su corazon un lenguaje mas eficaz que sus palabras; la santidad mas que humana que descubre en todas sus acciones, es una apología viva, que, destrozando las calumnias de sus enemigos, producen en el corazon de Andres una evidencia capaz de hacer frente á todos los racionios de la envidia y de la incredulidad.

¡Cuán pocos son los cristianos que imitan á nuestro santo apóstol en su fidelidad! Vense muchos, es verdad, que dóciles á las inspiraciones de la gracia, todo lo abandonan por seguir á Jesucristo y hacerse sus discípulos. Una sola palabra que por el órgano de sus ministros penetre en sus corazones, basta para determinarlos á abrazar los preceptos y máximas de esa religion sublime que aconseja la abnegacion, que manda la humildad, y propone como único camino para llegar á la felicidad, el de la mortificacion y penitencia. Pero ¿no es verdad que muchos de estos se desalientan á veces apénas han dado los primeros pasos, y llegan á abandonar cobardemente sus creencias, cuando las ven atacadas por sus enemigos? ¿No es cierto que los mas, pasados aquellos momentos en que mas bien por veleidad que por convencimiento se determinaron á dar de mano al mundo y á sus vanidades, se arrepienten de sus propósitos y vuelven á la misma relajacion de costumbres en que ántes se hallaban? Así sucede comunmente, católicos, por desgracia nuestra, lo cual prueba evidentemente que estamos muy léjos de poseer aquella fe viva que tenian los apóstoles, y aquel fervor que los conducia á acometer las mas gloriosas empresas en obsequio de Jesucristo, una vez que habian tenido la dicha de conocerle.

Fijád vuestra consideracion en nuestro ínclito san Andres, y admirád la constancia con que se consagró á extender las glorias de la cruz despues que su divino Maestro, espirando en ella por salvar á la humanidad, se ausentó del mundo para volver al seno de su eterno Padre. Ya el espíritu de ciencia y de amor se habia comunicado á los discípulos de Jesus en el dia de Pentecostés, llenándoles de aquella gracia que de hombres tímidos y cobardes los convirtió en héroes magnánimos y emprendedores. Cada uno de los apóstoles habia tomado á su cargo una provincia ó un reino para predicar el Evangelio. Andres despues de haber ejercido por algun tiempo su ministerio en la

Judea, recorrió la Tracia y el Egipto, anunciando por todas partes la divinidad de aquel, que por efecto de la envidia y del encono de los magistrados y pueblo de Jerusalem, habia sido sentenciado á morir en un infame suplicio, siendo no obstante la inocencia y la santidad misma. ¡Con qué energia explicaba los misterios de la redencion y las grandezas encerradas en aquella cruz, instrumento de los inefables designios de la divina sabiduría! ¡Con qué celo se aplicaba á desterrar la ignorancia de los paganos, principio fecundo de sus errores, y de las prevenciones malévolas que alimentaban contra la nueva religion! Ah! Si aquel Señor que le habia enviado á luchar con unas gentes de corazon tan duro, no le hubiese comunicado su propia virtud, y héchole participante de aquel espíritu de fortaleza que no se rinde á las dificultades ni cesa ante los mayores inconvenientes, ¿cómo hubiera podido nuestro apóstol sostenerse en medio de las persecuciones que le proporcionaba el cumplimiento de su mision? Pero Andres jamas olvidaba las promesas de su maestro; tenia presente que á él no ménos que á los demas apóstoles les habia dicho en términos expresos: «Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos;» y en consecuencia de estas palabras, lleno siempre de una imperturbable confianza, predicaba, enseñaba, disputaba, y no perdonaba medio alguno para atraer á los gentiles al conocimiento del verdadero Dios y de su Hijo unigénito. Ora le veréis atravesar la Escitia, la Capadocia, la Galacia, la Bitinia y hasta los confines del mar Negro; ora le encontraréis en la Albania; y aquí y en todas partes, siempre con igual celo, y con idéntico deseo de dilatar el imperio de la cruz, y la gloria del Crucificado.

No fueron infructuosos los trabajos del santo apóstol. Donde quiera que predicaba multiplicábanse prodigiosamente las conversiones de los idólatras; la fe triunfaba del error; los templos de los falsos dioses eran destruídos; enmudecian los oráculos; y allí en donde ántes humeaban las palpitantes entrañas de las víctimas sacrificadas al demonio, veíase el humo del incienso ofrecido á la víctima pura y santa que por el mundo se habia sacrificado en el Calvario.

Ensalcen en buen hora sus conquistas los grandes hombres que ha conocido el universo. Oh! ¡cuán menguados son los triunfos que se consiguen con la fuerza! Dominar ciudades,

sojuzgar reinos, esclavizar pueblos enteros con el acero ó con el fuego, hé aquí lo que hicieron los Alejandros, los Jerjes y todos esos guerreros que la historia nos presenta como otros tantos héroes dignos de una eterna memoria. ¿Pero acaso la espada que hizo doblegar las cervices de tantos hombres ante un vencedor afortunado, llegó á domar sus espíritus? Los hierros que oprimieron sus cuellos ¿consiguieron domeñar sus corazones? Si lograron dar la ley al mundo con el temible aparato de su irresistible poderío, ¿lograron jamas que el mundo les bendijese y amase? No: la sangre, las ruinas, el exterminio que por donde quiera siguieron sus pasos, les proporcionaron el odio y las maldiciones de sus infortunadas víctimas. ¡Cuán diversos son los triunfos que el Evangelio consiguió por medio de nuestro santo apóstol! Este con sola su palabra llegó á conquistar lo que en el mundo hay de mas indomable y fiero, que es el entendimiento y el corazon humano. Al tiempo mismo que exhortaba á los gentiles á adoptar una ley para ellos nueva y repugnante, hacíasela amable y digna de aprecio con el atractivo de las recompensas que esta promete á los que la abrazan. Jamas conoció otras armas que la dulzura y la persuasion: la violencia, á mas de ser contraria al espíritu del Evangelio, nunca hubiera podido ser ensayada por un hombre que no buscaba su propia gloria, sino la gloria de Jesucristo. Y sin embargo, ¿no es verdad que él solo hizo lo que todos los esfuerzos combinados del poder y de la sabiduría humana hubieran intentado inútilmente? Engrandecemos pues, católicos, á aquel Jesus que de una manera tan prodigiosa hizo ostensible su divinidad en las empresas de su fiel siervo, y sigámosle á la ciudad de Patras en la provincia de Acaya, en donde debe dar el mas ilustre testimonio de su constancia en defender la gloria de la cruz.

Con faustos auspicios comenzó Andres su carrera apostólica en aquel país. Abundante era la cosecha que recogia. El grano de la palabra divina producía diariamente los mas sazonados frutos de fe. Veíanse acudir á él los paganos deseosos de instruirse en los misterios del cristianismo. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, toda edad, todo sexo anhelaba los momentos de escuchar la doctrina de aquel hombre singular. Por instantes se multiplicaban los discípulos de Jesucristo. El culto de las falsas divinidades caía en el mayor descrédito, y los sacerdo-

tes idólatras bramaban al ver la desercion de millares de hombres que, abandonando sus antiguas creencias, recibian el bautismo y se alistaban bajo las enseñas del nuevo Dios. Imposible es, señores, pintar el despecho que se apoderó del procónsul Egeas, ausente á la sazón de Patras, tan luego como llegó á su noticia este acontecimiento de tan graves consecuencias para una religion de que estaba fanáticamente apasionado. Bien así como si se le hubiese dicho que un ejército formidable sitiaba los muros de la ciudad y amenazaba reducirla á pavesas, parte precipitado á Patras, ardiendo en furor y respirando la mas cruel venganza contra el indefenso y humilde apóstol. No esperéis que este se intimide con la presencia del tirano. A él mismo se dirige desde luego; y como legado del soberano Rey de cielos y tierra, hácele saber que hay un juez, árbitro supremo de los humanos destinos, á quien deben rendir vasallaje los que mandan á los hombres, y por quien deben ser un día residenciados para recibir un premio eterno ó un castigo sin fin. Qué santa audacia! El espíritu de fortaleza y de verdad es quien le inspira. Habíasele dicho: « No se amedrende tu corazón cuando te hallares en presencia de los príncipes y magistrados; toda la astucia de tus adversarios no será capaz de resistir á la elocuencia que en aquel punto te será comunicada (1). » Por eso Andrés, lejos de plegar ante la fuerza ni de contemporizar con el error, sostiene con el procónsul un diálogo en que al tiempo mismo que manifiesta lo heróico de su fe, demuestra la sublimidad de los misterios de nuestra santa religion. « ¿ Eres tú, le dice Egeas, aquel Andrés que destruyendo los templos de nuestros dioses, se atreve á predicar una religion nueva, proscrita por las leyes del imperio? — « Esas leyes, contesta el apóstol, han sido promulgadas por unos príncipes que no conocian el gran misterio de nuestra redencion, y en su consecuencia están en oposicion manifiesta con la doctrina del Hijo de Dios, el cual vino al mundo para quebrantar las cadenas de nuestra esclavitud y restituírnos á una gloriosa libertad. » — « ¿ Y cómo llamas tú hijo de Dios á un hombre que por sentencia pública fué ignominiosamente clavado en una cruz, sin que pudiese libertarse del poder de sus enemigos? » — « El amor hácia el hombre fué el único que le hizo

(1) *Luc. v. 21. c. 14.*

abrazar esa muerte que tú juzgas deshonrosa. Así convenia que muriese el que cargando sobre sí los pecados de todo el mundo, se ofreció voluntariamente como hostia propiciatoria por todos ellos. Pero desde que así lo hizo, nada hay en el mundo mas glorioso que la cruz. »

¡ Que no pueda yo, católicos oyentes, manifestaros á nuestro invicto apóstol desenvolviendo con una elocuencia divina las glorias de aquel leño, santificado con el contacto de los miembros sacratísimos del Hombre Dios! Veríaisle remontarse al origen primordial de nuestras desdichas; pintar el estado feliz del primer hombre al salir de las manos del supremo Hacedor, y la profunda degradacion en que quedó envuelto con toda su descendencia, tan luego como se atrevió á infringir el precepto del Eterno; ponderar la necesidad en que el mundo se hallaba de un reparador inefable, que curase las llagas que abriera en el corazón humano aquella desobediencia de su jefe; encarecer el amor infinito del Verbo en querer revestirse de nuestra naturaleza en el seno de una vírgen para llevar á cabo el inaudito prodigio de la redencion; demostrar los milagros que hizo durante su mansion en la tierra, y últimamente su muerte, su resurreccion, su subida á los cielos, todo conforme lo habian vaticinado los profetas.

Pero todo es inútil; el procónsul se ciega á presencia de la misma luz. Incapaz de comprender unos misterios tan sublimes, porque su corazón está esclavizado de las mas vergonzosas pasiones, llénase de un furioso despecho; y sin querer dar oídos á la doctrina pura del apóstol, intímale que ofrezca incienso á los ídolos. Inútil demanda! « Yo, responde Andrés, solo adoro á aquel Dios todopoderoso á quien con exclusion de toda otra divinidad se debe rendir vasallaje. A él es á quien diariamente sacrifico, ofreciendo ante sus aras, no carne de toros, ni sangre de becerros, sino la carne y sangre purísimas del cordero sin mancilla que quita los pecados del mundo, y que sobre la eminencia del Calvario se ofreció á su vez víctima de expiacion por todos los hombres. » Qué confesion tan heróica! El cristianismo se llena de júbilo al recordar estas palabras que le hacen tanto honor, y que tan altamente proclaman el mas augusto de sus misterios. Así se expresaban, católicos, así hablaban los primeros discípulos del Salvador, cuando veían atacadas sus

creencias; bien diferentes de los cristianos de nuestros días que, por no exponerse á las burlas de los incrédulos, consienten á veces escuchar con una culpable impasibilidad las acusaciones que estos hacen á la religion, y las blasfemias con que pretenden desacreditar nuestros dogmas sacrosantos.

Andres no conoce el temor, cuando se trata de defender la verdad de su doctrina y la divinidad del que se la ha enseñado. Ensaye Egeas todos los medios de persuasion ó de violencia para hacerle plegar ante sus exigencias; hágale azotar con nudosas varas ó con cadenas de hierro; sepúltele en una hedionda prision; aflíjale con todo género de privaciones... Ah! El alma de nuestro apóstol es de un temple superior á todos los tormentos. Está construída en la fragua del amor divino, y nada hay que pueda ablandarla. ¿Qué importa que el procónsul le condene á morir en la cruz? Este suplicio tiene para el fervoroso Andres unos atractivos que le encantan y le hacen desear participar cuanto ántes de lo que para él es el colmo de la felicidad. ¡Cómo se angustia su espíritu al ver que el pueblo pretende libertarle, clamando á voz en cuello contra la injusta sentencia de Egeas! Semejante á un atleta á quien intentan arrancar de sus manos los laureles del triunfo, levanta su voz en medio de la muchedumbre que le rodea, suplica, urge y conjura que no le sirvan de impedimento para lograr una dicha que forma el único objeto de sus ardientes deseos. Marcha con pié firme al lugar destinado al sacrificio; apercibe á lo léjos el instrumento de su martirio; á su vista su corazón rebosa de júbilo, y prorumpe en estos sagrados afectos: « ¡Salve, venerable y santa cruz, que fuiste consagrada y sumamente embellecida con el contacto de los miembros del divino Salvador! Ántes que muriese en tus brazos el Hombre-Dios, nada habia en ti que no fuese terrible; marcada estabas con el sello de la ignominia, y todo el que en ti era enclavado llevaba consigo el anatema y la maldición; ahora empero tú estás llena de delicias inefables, y la mayor gloria del hombre es el merecer espirar en tus brazos. ¡Oh cruz amable! A ti vengo rebosando de alegría y lleno de confianza. Ruégote que gustosamente me recibas como á discípulo de aquel que pendiente de ti redimió al mundo. ¡Oh cruz por quien tanto suspiré! ¡Oh cruz que con tanto ardor apetecí! ¡Oh cruz á quien busqué con tan

« vivas ansias! Franquéame tu seno y tenga yo la dicha de pasar de tus brazos á los de aquel que en ti me salvó! » (1)

En medio de estos afectos llegó Andres al lugar del suplicio, y fué amarrado á la cruz con cordeles, segun lo habia mandado el procónsul. Desde allí como desde una cátedra no cesa de predicar á los gentiles las verdades eternas. Dos días permanece en aquel estado violento, sufriendo los mas indecibles dolores; mas no por eso se debilita su constancia. Hecho una viva imagen de su divino maestro, ora de continuo al Todopoderoso por sus mismos verdugos, y nada le aflige tanto como su dureza é insensibilidad. Entretanto acércanse los momentos de ceñir la corona que le está destinada por el Eterno en premio de fe y de su heroísmo. En vano intentan bajarle de la cruz á instancias del pueblo, que no pudiendo sufrir ya la crueldad desmedida del tirano, se subleva contra él y amenaza un rompimiento, que puede comprometer la tranquilidad pública. Viendo el invencible mártir que los ministros de Egeas se preparan á ejecutar sus órdenes, levanta sus ojos al cielo, y suplica al Señor que no permita queden sin efecto sus ardientes deseos de imitar en la muerte á aquel Jesus, á quien en su vida ha procurado imitar cuanto le ha sido posible, y cuya gloria ha sido el único objeto de todos sus trabajos. La oracion de san Andres penetra hasta el solio de Dios. Una luz brillantísima le rodea súbitamente, y enajenado de un júbilo celestial, rinde el postrer aliento y vuela á recibir la palma del triunfo á la mansion de los predestinados.

Victoria al cristianismo! ¡Llor eterno á la religion que tanta fortaleza y heroísmo tanto sabe inspirar á sus fieles observadores! ¿Qué prueba mas luminosa y concluyente de su origen divino puede haber, que el celo intrépido y la constancia mas que humana de unos hombres que, nacidos en la oscuridad, educados en la ignorancia, extraídos de lo ínfimo del vulgo, se presentan en medio de un mundo idólatra y supersticioso, predicando una ley que pugna directamente con sus principios, condena sus pasiones, hiere en lo mas vivo sus intereses, hace guerra á los goces materiales, y sin embargo convierten pueblos, provincias, reinos enteros, y realizan un cambio prodigioso en las creencias, en las costumbres, en los hábitos, en

(1) *Eccles. in off. huj. diei.*

los instintos, y mudan en una palabra la faz del mundo, haciendo á los hombres entrar en una nueva senda totalmente opuesta á la que venian siguiendo despues de muchos siglos? ¿Quién es el sabio, quién el legislador, quién en fin el gran genio que ni aún á imaginar se atrevió jamas una empresa tan colosal? Ah! Solo Dios que tiene en sus manos el corazon del hombre, podia concebir y llevar á cabo este pensamiento, superior de todo punto á los cálculos de la menguada inteligencia de los mortales. Solo él que con decir á unos pescadores del mar de Galilea: venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres formaba héroes que atravesasen el mundo del uno al otro polo, y luchasen con todo el poder del mundo y del infierno. Solo él, que con un simple mandato transformaba unos seres miserables, tímidos y cobardes en prodigios de valor que, arrojando los peligros, las persecuciones y los tormentos, sabian morir no solo con resignacion sino con alegría, ántes que ceder un ápice de los derechos del Soberano que les enviaba, ni contemporizar con sus enemigos.

Así lo hizo nuestro insigne apóstol san Andres. Fiel á la vocacion del cielo, corrió en pos de Jesucristo tan luego como escuchó su voz divina; dócil á sus preceptos y doctrina, hízose un deber de no apartarse jamas de su lado mientras vivió y conversó con los hombres; empero cuando llegó el tiempo de manifestar al mundo el gran misterio de la cruz, se le vió correr como ángel evangelizador por donde quiera que le llevaba el espíritu divino, predicar la buena nueva á los grandes, á los pequeños, á los príncipes, á los filósofos, á todos sin distincion alguna, hasta sellar con su sangre el testimonio de su fe; por manera que toda su vida, como hemos visto, fué una prueba continuada de la divinidad de su dulce maestro Jesucristo.

¡Cuán dichosos seríamos, amados oyentes, si imitásemos á nuestro santo apóstol! ¡Ojalá que como él abandonásemos cuanto de mas precioso y amable tuviésemos en el mundo, si ha de servirnos de impedimento para seguir á Jesucristo! ¡Pluguiese al Señor que animados nuestros corazones del mismo fervor é idénticos afectos que san Andres, nos abrazásemos con la cruz, único camino por donde podemos llegar á ser verdaderamente felices! Si como él no somos llamados al martirio, ocasiones mil se nos ofrecerán en que ejercitar nuestra paciencia, nuestra resignacion y constancia, sacrificios que no son ménos

agradables al Señor que el de la misma vida. Animémonos pues á emprender desde hoy una vida en todo conforme al espíritu del Evangelio, espíritu de abnegacion, de sufrimiento, de humildad y de mortificacion. En los reveses de la adversidad, en los infortunios de la familia, en los contratiempos de nuestros intereses, en las amarguras de nuestro estado, en cualquier ocasion en que tengamos que padecer, acordémonos como san Andres que la cruz de Jesucristo tiene delicias inexplicables, que solo la fe es capaz de comprender. Lancémonos como él en sus brazos, llenos de esperanza; y no dudemos que asidos á ella, hallaremos paz, fortaleza y valor en esta vida, y en la otra mereceremos disfrutar de los goces que están vinculados á los que la amaron; goces que durarán por los siglos de los siglos.